

V. 40
#149

TEOLOGICA

TEOLOGICA

TEOLOGICA

TEOLOGICA REVISTA

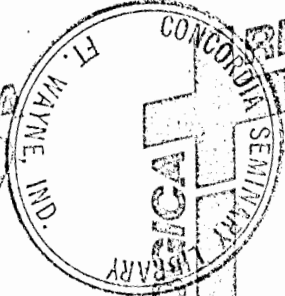
TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

SEP

5

55



TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA REVISTA

TEOLOGICA

SEP 5 1995



Revista Teológica

Publicación Cuatrimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior de Teología de la
IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA ARGENTINA

SEMINARIO CONCORDIA
Casilla de Correo N° 5 - (1655) JOSÉ LEÓN SUÁREZ
Prov. Buenos Aires. Argentina

Año 40 - N° 19

Encuentro Abil (1995)

Revista Teológica

Publicación Cuatrimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior
de Teología de la
IGLESIA EVANGÉLICA
LUTERANA ARGENTINA

Editor Responsable
CLAUDIO L. FLOR

Redacción
Cuerpo Docente del
Seminario Concordia

JORGE E. GROH
EDGAR KROEGER
ANTONIO SCHIMPF

Colaboran en este número:
LEOPOLDO GROSS
JOSÉ PFAFFENZELLER
ERICO SEXAUER
ARTURO TRUENOW

Año 40 - Nº 149

RT

sumario

<u>Editorial:</u> INVIATIENDO EN EL CRECIMIENTO DEL REINO DE DIOS Claudio Flor.....	2
JESÚS Y LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ José Pfaffenzeller.....	3
EVANGELIZACIÓN Y CONFESIÓN HOY Erico Sexauer, trad.....	18
NUESTRA INVERSIÓN EN EL REINO DE DIOS Arturo Truenow.....	31
EL BUEN SERMÓN Leopoldo Gross.....	41



EVANGELIZACIÓN

Y

CONFESIÓN

HOY

H. HELLENSCHMIDT, en "Kein anderes Evangelium" XII/1994
Traducido y condensado por ERICO SEXAUER, DD.

*Título del original: Evangelisation und Bekenntnis im Blick
auf unsere heutige Situation.*

Nota preliminar del traductor:

Con lo que el autor expone en este trabajo, apunta a lo que él ve como un problema de suma gravedad que existe en su medio ambiente. Por lo tanto, el lector que vive en otro ambiente podrá pensar con cierto alivio: Gracias a Dios, esto y aquello no es problema nuestro. Sin embargo, creo que más conviene tomar las experiencias de otros como lección, no sea que algún día "esto y aquello" llegue a ser un problema nuestro.

Ya hace años que en vastos círculos de las iglesias se viene oyendo la queja de que existe una relación ambigua entre lo que se predica, sea en los mensajes evangelísticos o en los sermones del culto dominical, y la Confesión de la iglesia.

En buena medida, dicho estado de cosas se ha de atribuir al hecho de que no siempre se pone el debido énfasis en una doctrina claramente definida acerca de la palabra de Dios tal como fue desarrollada por una teología comprometida con los postulados de la Reforma. Este cuasi indiferentismo en cuanto a Palabra y Confesión derivó en un verdadero vaciamiento de la predicación, y es el culpable de que en el vacío así producido penetraran espíritus ajenos, y de que en muchos casos, la predicación descendiera al nivel de una reflexión religiosa acerca de situaciones, expectativas e ideologías de nuestra sociedad actual, bajo el signo de una ética en parte moderada, en parte rigurosa. Dicho de otra manera: la palabra bíblica que Dios encomendó a su iglesia para su promulgación, en la boca de muchos predicadores fue (ab)usada para la interpretación de intereses sociales.

No se puede negar que aún en cuestiones cruciales concernientes a la vida y a la enseñanza bíblica, muchos mensajes, evangelísticos y otros, se limitan a extenderse en consideraciones más bien superficiales que ofrecen soluciones rápidas y respuestas simplistas que no están en concordancia ni con una teología bíblica ni con la existencia del oyente cristiano, y que por ende pueden dar lugar a serias irritaciones.

Bien dice Martín Lutero que la obra entera de la iglesia permanece en pie o se

desmorona con la predicación. Con razón se ha insistido, pues en que la predicación es el acontecimiento salvífico central que ocurre en la iglesia, acontecimiento que de acuerdo con la voluntad de Jesús ha de continuar hasta que llegue el Día Postrero. Respecto de la predicación, el Reformador escribe con claras palabras: "El oficio de predicar el evangelio está por encima de todos los demás, pues es el auténtico oficio apostólico que echa las bases para todos los demás oficios; todos ellos tienen que estar edificados sobre este fundamento." Pero si en la comunidad cristiana todo permanece en pie o se desmorona con la predicación correcta, es decir, con la predicación ligada a la Escritura y la Confesión, se hace imprescindible velar porque la trompeta del mensaje emita un sonido nítido y claro, lo cual sólo es posible en el caso de que dicha trompeta esté afinada conforme a las pautas de la palabra bíblica y las enseñanzas de ésta.

Tenemos que preguntarnos: ¿Cómo se llegó a ese estado de deterioro? Uno de los errores que más gravitan en la predicación de nuestros días es su excesiva orientación hacia el hombre moderno, es decir, a sus intereses, necesidades y preguntas. La iglesia ha hecho esfuerzos ingentes por detectar las "problemáticas" de nuestros contemporáneos. Hemos organizado consultas con psicólogos y sociólogos, con etólogos y expertos en estadísticas. A través de la lupa de estos asesores hemos analizado el comportamiento y las reacciones del hombre de la segunda mitad del siglo 20. En mesas redondas, en grupos de estudio en universidades y academias

"Pero si en la comunidad cristiana todo permanece en pie o se desmorona con la predicación correcta, es decir, con la predicación ligada a la Escritura y la Confesión, se hace imprescindible velar porque la trompeta del mensaje emita un sonido nítido y claro, lo cual sólo es posible en el caso de que dicha trompeta esté afinada conforme a las pautas de la palabra bíblica y las enseñanzas de ésta."



hemos elaborado sistemas tendientes a lograr la mayor "actualización" posible de la prédica a fin de hacer que el mensaje del evangelio sea más potable.

A los esfuerzos de esta índole pertenecen también los programas de renovación en el seno de las congregaciones, no menos cargados de psicología y sociología. Apelando a todos los medios y posibilidades se introdujeron nuevas estructuras en las congregaciones y sus diversos sectores, y se forzó un así llamado "reavivamiento." Y todo ello con la meta de acercarnos evangelísticamente a nuestros contemporáneos e insinuarles que la fe es un excelente instrumento para la auto-realización.

Sin embargo, las esperanzas que se habían cifrado en este proceder no se cumplieron en la medida deseada, ni en la predicación dominical ni en la evangelística. La razón es, entre otras, que la palabra de Dios sufrió un sensible desmedro. El prestar oídos en forma casi incondicional, tanto por parte de la iglesia como en las congregaciones, a los dictámenes de la metodología científica, condujo a que se cuestionara la validez absoluta de la palabra divina. Las propuestas de la psicología y la sociología, presentadas con tanto aplomo, y su aceptación e implementación poco menos que indiscriminada en el campo de la predicación, le han quitado espacio a la Palabra y han puesto en tela de juicio su vigencia y autoridad universal en el ámbito de la comunidad cristiana -autoridad para hacer surgir el "hombre de Dios" por virtud del mensaje del Reino y la vía del arrepentimiento y la regeneración.

Y esto último, el actuar soberano de la Palabra, fue precisamente lo que ya no "figuraba en el programa." En cursos y seminarios, los adherentes a la nueva línea no se cansaron en confrontar a sus oyentes con los más recientes hallazgos científicos, o sea, con el hecho de que hoy por hoy es improcedente hablar de pecado y juicio, de la santidad y la ira de Dios, dado que al hombre moderno supuestamente le cuesta entender la ansiosa pregunta de Lutero por un Dios clemente, y aunque la entendiera, no la tomaría en serio.

¿Cómo se pudo llegar a esta falta de entendimiento, y cómo se explica el hecho de que muchos predicadores traten de eludir el compromiso de colocar a sus oyentes frente al espejo de la palabra de Dios? El motivo para ello hay que buscarlo no sólo

en la deplorable “desvaluación” de la palabra de Dios, sino también en los profundos cambios ambientales que se vinieron produciendo en las últimas décadas en forma cada vez más general y acelerada, y que dieron por resultado la así llamada sociedad de consumo, crudamente materialista, anti-metafísica, siempre más distanciada de Dios. El dicho paulino de que “su dios son sus propios apetitos, y sienten orgullo de lo que debería darles vergüenza; sólo piensan en las cosas de este mundo (Fl. 3:19)” vale hoy día no menos que en aquel entonces. En tales circunstancias hay muy poco interés en los legados de la tradición, y menos interés aún en un mensaje que habla de juicio y gracia divinos. Muy al contrario: tal mensaje cae bajo la sospecha de esclavizar las conciencias, de apagar la alegría de vivir, y de frenar al ser humano en el desarrollo pleno de su personalidad.

Es inevitable que esta mentalidad influya también en los que todavía se consideran cristianos. Y muchos pregoneros de la palabra se han adaptado a la misma. Intentan comprender a su prójimo, miembro de la sociedad de consumo, estimularlo para que con ayuda del evangelio llegue al encuentro consigo mismo y a la formación satisfactoria de su humanidad. Sin embargo, este intento va acompañado con demasiada frecuencia de una actitud transigente que opta por callar la dura verdad de que las leyes de Dios son sagradas y no deben ser violadas. Las relaciones sexuales pre y extramatrimoniales, el aborto, la homosexualidad masculina y femenina gozan de un elevado grado de tolerancia incluso en círculos eclesiásticos.

Con este intento de comprensión, esta transigencia y esta tolerancia como fondo no resulta tan extraño que en muchos casos, la promulgación del evangelio se haya convertido en un discurso socio-político con tinte religioso, y que cundiera el concepto de que la iglesia tiene primordialmente una responsabilidad en, con y ante la sociedad, a la cual hay que señalarle el camino hacia un futuro de paz y prosperidad.

Todo esto suena muy bien, pero parte del error de tomar al hombre moderno como punto de partida y motivo de la predicación, lo cual equivale a una desviación tanto del punto de partida como del motivo. El Cristo propagado por este tipo de predicación ya no es el Mediador que libera al hombre de la esclavitud del pecado y lo pone al servicio de Su reino, sino Aquel que con medios y métodos no convencionales ayuda al hombre a modelar su vida y darle fundamentos sólidos.

“...la saludable tensión
Ley - Evangelio se diluye
en su *de fraseología*. No
se quiere chocar a nadie,
sino ganar, despertar al
mayor número posible.
Pero un despertamiento
tal: ¿produce en verdad un
hombre nuevo, o
simplemente un hombre
religioso? El
“despertador” es la
vivificadora palabra de
Dios que “penetra hasta
lo más profundo del alma
o del espíritu, hasta lo más
íntimo de la persona, y
somete a juicio los
pensamientos y las
intenciones del corazón
(He. 4:12),” es decir, que
primero lleva al hombre a
la muerte con Cristo, y
luego con él a la
resurrección.”



Este Cristo vestido según la moda actual es el “Jesús de los grupos marginados” del cual se dice que “causó escándalo,” que “sacudió el mundo de los piadosos hipócritas,” que “muchas veces hizo caso omiso de los conceptos de moral que tenían sus contemporáneos,” y que “se hizo amigo de los outsiders*,” que “atentó contra las convenciones,” que “llevó un estilo de vida que resultó chocante para muchos.” Todas estas expresiones, ¿qué son sino una acomodación del evangelio a las máximas de una nueva moral social? En cambio, parece poco atrayente la figura de un Jesús que abre a los suyos las puertas del cielo y les garantiza de antemano la aceptación en el reino de Dios que habrá de venir.

Pero si por una parte la predicación se ha convertido, bajo el influjo de ideologías revolucionarias, en portadora de teologías que se especializan en lanzar críticas contra la sociedad, tampoco se puede pasar por alto que aún en círculos más conservadores, léase evangelicales, se evidencian aquí y allá señales de una adaptación que va demasiado lejos: poca claridad en el entendimiento de Palabra y Pecado, poco enfatizamiento de la propia tradición teológica en el diálogo con el pensamiento secular de hoy día con su pretensión de validez universal.

**outsider*: persona que no pertenece a un grupo particular.

Lamentable es también que muchos predicadores creen poder ahorrarse el trabajo arduo pero imprescindible de adquirir una sólida formación teológica que los capacite para hacer sanas reflexiones teológicas. El criterio parece ser: dejen a cada uno decir lo que quiera y hablar acerca de lo que crea conveniente, con tal que predique a Cristo. Resultado: en vez de profundidad, amenidad. Importa demostrar al oyente lo bello que es ser un cristiano, y lo que uno se pierde si no “está con Jesús.”

De este modo, la saludable tensión Ley-Evangelio se diluye en suave fraseología. No se quiere chocar a nadie, sino ganar, despertar al mayor número posible. Pero un despertamiento tal: ¿produce en verdad un hombre nuevo, o simplemente un hombre religioso? El “despertador” es la vivificadora palabra de Dios que “penetra hasta lo más profundo del alma o del espíritu, hasta lo más íntimo de la persona, y somete a juicio los pensamientos y las intenciones del corazón (He. 4:12),” es decir, que primero lleva al hombre a la muerte con Cristo, y luego con él a la resurrección. Sin duda, el efecto inmediato de esta enseñanza será en muchos casos el mismo que tuvieron las palabras del propio Jesús, Jn. 6:60 y siguientes: “...muchos dijeron: Esto que dice es muy difícil de aceptar; ¿quién puede hacerle caso? ...Desde entonces, muchos de los que habían seguido a Jesús lo dejaron, y ya no andaban con él.”

Quien para evitar este resultado quisiera ahorrar a sus oyentes el anuncio del juicio, no podrá menos que ocultar también la información de que el seguir a Jesús significa cargar con su cruz (Mt. 16:24). Pero ¿será ésta la manera de producir aquella armonía del alma que tanto se desea? Por cierto: la meta de la fe que el Espíritu Santo ha despertado en nosotros por medio de la palabra es la salvación o “curación definitiva” de nuestras almas (1 Pe. 1:9). Sin embargo, esta curación no consiste en que podamos entregarnos, satisfechos, a una suerte de dulce reposo, no molestados por la carga de la cruz. Los creyentes en Cristo han sido, son y serán extranjeros de peso por este mundo (He. 11:13). Como tales han de entenderse ellos mismos, y como tales los hará sentir el mundo si en verdad quieren seguir los pasos del Maestro (1 Pe. 2:21).

Con esta afirmación hemos tocado un punto muy sensible. Ser extranjero por causa de Cristo y su cruz es algo penoso y extraño para los que, como los maestros de 2 Ti. 4:3, sólo enseñan lo que la gente quiere oír. Y ser extranjero por causa de Jesús es una valla demasiado alta que los hijos de este mundo no están dispuestos a saltar, y que por lo tanto, muchos predicadores tratan de quitar de en medio, para comodidad de ellos mismos y de sus oyentes.

En su comentario posterior a la campaña "ProChristo '93," W. Nestvogel se atreve a decir sin rodeos: "Con el objeto de ganar a muchas personas y obtener el mayor apoyo posible para su evangelización, Billy Graham no sólo no se opuso a representantes de corrientes teológicas abiertamente destructivas, sino que a veces incluso los defendió." Y en otro pasaje, el mismo autor hace la pregunta: "¿Es lícito restar vigencia a declaraciones terminantes del Nuevo Testamento en obsequio del efecto evangelístico? ¿Será que los estrategas de campañas evangelísticas saben mejor que la palabra de Dios misma lo que contribuye a la propagación del evangelio? Fijémonos en cómo el apóstol Pablo luchó para ganar adeptos. Su interés primordial estuvo centrado en afirmarlos en la sana enseñanza y proveerlos de armas para poder defenderse contra enseñanzas no sanas. El impartir enseñanza sana exige definir posiciones y negaciones fundadas en la verdad bíblica. Para esto último, las negaciones, no hay cabida en la eclesiología de Billy Graham."

Para retrotraer la predicación a su cometido original y liberarla de elementos contrarios a la palabra de Dios, hay un solo camino: ¡A las fuentes! Y esto no puede significar otra cosa que: ¡A las Sagradas Escrituras! Sólo con una reflexión teológica que se sabe comprometida con la Biblia y la Confesión se logrará depurar el mensaje y renovar la imagen del hombre al cual este mensaje va dirigido, o sea, la imagen a la luz de la palabra de Dios. El acercarse al hombre con los métodos de la ciencia experimental, lo cual requería una buena dosis de condescendencia, ha causado más mal que bien. Al menos, el apóstol Pablo no era partidario de una predicación a gusto del consumidor. Así lo manifiesta el pasaje de Gá. 1:10: "Yo no busco la aprobación de los hombres, sino la aprobación de Dios. ¡Si yo quisiera quedar bien con los hombres, ya no sería un siervo de Cristo!"

Si como predicadores queremos cumplir fielmente con nuestro encargo, no

nos queda otra opción que retornar a la propia causa, al propio lenguaje, a la propia manera de ver las cosas, y esto significa: retornar a una teología ligada a la Escritura y la Confesión como la norma y guía para la predicación orientada hacia el hombre, el de hoy y el de siempre. Pues esta teología vive y se nutre de los conocimientos y de la sabiduría que la palabra y el Espíritu de Dios nos brindan.

Esto nos llevará inevitablemente a divergencias, y hasta a abiertas discrepancias con los conocimientos emanados de la razón humana autónoma, que son determinantes para los conceptos científicos modernos. No olvidemos: la teología escritural y confesional siempre enfocará al hombre de manera distinta que la psicología, la sociología y la etología. Más aún: la teología que se inspira en la realidad de Jesús, Dios hecho hombre, puede afirmar con justa razón que su visión del hombre es más clara que la de cualquier tipo de psicología humana. Esto no implica de ninguna manera un rechazo liso y llano de todo el ideario de las ciencias que se ocupan en esa criatura complicada que es el ser humano. Pero lo que sí implica es que para una teología auténtica, siempre seguirá en vigencia lo dicho por Pablo en 1 Co. 1:25: "Lo que en Dios puede parecer una tontería, es mucho más sabio que toda sabiduría humana." La última palabra la tiene la "tontería" de Dios, y no la sabiduría humana. O sea: no es la sabiduría humana, sino la "tontería" de Dios la que tiene que indicar a la iglesia cómo debe formular su mensaje al mundo en que vive.

*debe tenerse presente que
la predicación
encomendada a la iglesia
es un actuar salvífico de
Dios; y como tal, está
ubicada entre dos
constantes: por un lado, la
palabra de la Biblia, y
por el otro, el hombre
caído en el pecado. De lo
que se trata, pues, es de
producir un encuentro
entre la palabra y el
hombre; porque sólo al
prestar oídos a las
palabras del Dios
viviente, el hombre puede
ser salvo, puede llegar a
ser lo que Pablo llama
"una nueva persona
(2 Co. 5:17) "*



En primer lugar debe tenerse presente que la predicación encomendada a la iglesia es un actuar salvífico de Dios; y como tal, está ubicada entre dos constantes: por un lado, la palabra de la Biblia, y por el otro, el hombre caído en el pecado. De lo que se trata, pues, es de producir un encuentro entre la palabra y el hombre; porque sólo al prestar oídos a las palabras del Dios viviente, el hombre puede ser salvo, puede llegar a ser lo que Pablo llama “una nueva persona (2 Co. 5:17).” La predicación es un actuar de Dios en que el predicador tiene el gran privilegio de poder servir de colaborador; pero jamás debe ser una actuación autónoma del predicador a base de máximas, ideas y aspiraciones propias o extraídas de otras fuentes. Cuantas veces los profetas y los apóstoles anunciaban la palabra, acontecía algo o se iniciaba algo, porque en y con la palabra siempre estaba actuando Dios mismo, interviniendo en la vida de un ser humano o en el curso de la historia. El ejemplo más claro para ello lo tenemos en la persona de Jesucristo. No sin razón se lo llama “la Palabra de Dios hecha hombre” (Jn. 1:14). Todo lo que Jesús, el Verbo divino, dijo a su mundo y al nuestro, es continuación de aquél “¡Hágase!” pronunciado en la Creación del universo.

Y así es como hasta el día de hoy, la predicación es un acto en el cual Dios se manifiesta como Creador e Impulsor de la historia. Es, además, el inicio de aquellos dolores de parto mediante los cuales los hombres han de nacer a una vida nueva. Y no por último, la predicación cristiana que difunde el mensaje del evangelio en el tiempo que media entre la primera venida de Jesús y la segunda, es también un acto salvífico de carácter escatológico y pertenece a las señales que preceden al fin. En efecto: es la voluntad del Señor mismo que esta palabra corra cual torrente ininterrumpido a través de todas las edades, que sea anunciada y transmitida por una generación a otra, como leemos en Heh. 1:8: “Cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí, en Jerusalén, en toda la región de Judea y Samaria, y hasta en las partes más lejanas de la tierra.”

Resumiendo, podemos afirmar que la predicación es un acto soberano de Jesucristo, parte integrante de la historia de la salvación. Es el acto mediante el cual Cristo ejerce sobre la tierra la autoridad que le ha dado el Padre (Jn. 5:27), autoridad para juzgar, y también para otorgar gracia. Lo uno va junto con lo otro. La predicación no sólo hace las paces entre Dios y el hombre; es además, y siempre, una acción

bélica llevada al reino de las tinieblas que tiene prisioneros a los hombres y hace que perezcan en sus pecados. Por tanto, predicar es, en su esencia, llevar a los hombres la noticia de la victoria de Jesucristo sobre el pecado, la muerte y el diablo para que sean salvos, y para que, bajo el poderoso influjo de la palabra, lleguen a ser hombres de Dios, hombres en el sentido más noble y profundo de la palabra, hombres que llevan en si la imagen de Cristo.

¿Cuál es, pues, la meta final de la predicación? Nada menos que esto: que se produzca aquel entrecruzamiento de la cristología y la antropología de que habla el apóstol Pablo en Gá. 2: 20: "Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí."

Esto nos hace ver una vez más el papel decisivo que desempeña la predicación genuina, ésa que, según Lutero, tiene la función de "pintar un cuadro de Cristo," cuadro en que figuren su resurrección y toda su obra redentora, para que los hombres puedan captar el mensaje y entrar en una nueva vida con Cristo mediante la regeneración. El hombre esclavo de su pecado y aplastado por su sentimiento de culpabilidad debe ser levantado mediante la prédica de la palabra. Y justamente para este fin, la predicación debe promover el encuentro y la unión de Dios con el hombre. Logrado este encuentro, el hombre deja de ser el que era hasta entonces: ahora es un hombre recuperado, liberado del pecado y del poder de Satanás, por medio de la gracia divina.

"...predicar es, en su esencia, llevar a los hombres la noticia de la victoria de Jesucristo sobre el pecado, la muerte y el diablo para que sean salvos, y para que, bajo el poderoso influjo de la palabra, lleguen a ser hombres de Dios, hombres en el sentido más noble y profundo de la palabra, hombres que llevan en si la imagen de Cristo.



"En cambio, si la predicación busca sus motivos ante todo en las inquietudes humanas, y si se convierte en un intento de mediación entre la palabra de Dios y los conceptos de la vida vigentes hoy día, perderá partes esenciales de su contenido peculiar. Ya no se producirá el mencionado encuentro entre Dios y el hombre que conduce a éste hacia la salvación; es decir, el oyente no quedará integrado al proceso salvífico que se realiza en, con y bajo la palabra. Pero si esto no ocurre, la prédica no pasará de ser un instrumento pseudo-cristiano para promover la formación del alma y del carácter - y el hombre finalmente estará perdida."

"El que los escucha a ustedes, me escucha a mí; y el que los rechaza a ustedes, me rechaza a mí; y el que me rechaza a mí rechaza al que me envió" dice Jesús (Lc. 10:16), y con esto define lo que ha de ser nuestra predicación: un mensaje procedente del Dios Trino en que se habla de juicio y de gracia, de aceptación y de rechazo, y no una mera instrucción pedagógica acerca de cómo llevar una vida cristiana en armonía y arreglo más o menos pacífico con el mundo.

Lo que forma el punto de partida de la predicación no es la opinión del hombre, sino la pregunta de Dios: "Adán, ¿dónde estás?" Por esto, si bien la predicación trata de encontrar al hombre "allí donde está," es decir, si bien se acerca a él - y a ella - como un ser hermanado que necesita ayuda, no por ello tiene que dejarse dictar por este ser cuál debe ser el tipo de la ayuda. La pregunta de Dios tiene por objeto despertar la conciencia. Una vez despertada, bajo la influencia del Señor y de su palabra, surgirán en el hombre preguntas muy distintas. Buen ejemplo para ello es Martín Lutero después de que había hallado la respuesta a su angustiada búsqueda de un Dios elemente.

En cambio, si la predicación busca sus motivos ante todo en las inquietudes humanas, y si se convierte en un intento de mediación entre la palabra de Dios y los conceptos de la vida vigentes hoy día, perderá partes esenciales de su contenido peculiar. Ya no se producirá el mencionado encuentro entre Dios y el hombre que conduce a éste hacia la salvación, es decir, el oyente no quedará integrado al proceso salvífico que se realiza en, con

y bajo la palabra. Pero si esto no ocurre, la prédica no pasará de ser un instrumento pseudo-cristiano para promover la formación del alma y del carácter -y el hombre finalmente estará perdido.

Es preciso insistir una vez más en que la finalidad de la predicación no es brindar al oyente unos momentos de bienestar al ver satisfechos sus ansias y sus deseos. Era esto lo que buscaban muchos de los oyentes de Juan el Bautista, y lo que Jesús les criticó diciendo: "Juan era como una lámpara que ardía y alumbraba, y ustedes quisieron gozar de su luz por un corto tiempo." Antes bien, la predicación tiene por único objetivo levantar al hombre caído llamándolo al arrepentimiento y a la conversión, a limpiar su vida de todo lo que se opone a la palabra de Dios, a cargar con su cruz y, obedientemente, seguir a Jesús camino hacia la salvación.

Esto vale tanto para el sermón dominical como para la alocución de tipo evangelístico. Dueño del mensaje no es el predicador sino el Espíritu Santo. Y el propósito con que el Espíritu Santo envía su mensaje no es el de promover la paz y el bienestar entre la sociedad humana, por loables que estas metas sean, sino el de convocar y reunir de entre esta sociedad a la EK-KLESIA, LA SANTA IGLESIA CRISTIANA, LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS.

*¿Cuál es, pues, la meta final de la predicación?
Nada menos que esto: que se produzca aquel entrecruzamiento de la cristología y la antropología de que habla el apóstol Pablo en Gá. 2: 20: "Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí."*



RT

ERICO SEXAUER, D.D. ha sido profesor del Seminario Concordia en el Área de Nuevo Testamento por muchos años. Actualmente está dedicado a la traducción al castellano de bibliografía y materiales de estudio teológico.